Alma, ego y reencarnación

 El alma, con respecto al ego, se caracteriza fundamentalmente por cua­lidades visionarias que van mucho más allá del reino ordinario, burdo, sen­soriomotor o físico estándar. El ego y todas sus actividades -incluyendo el modo en que emplea la Totalidad de la visión*-*lógica- siempre se refiere, en última instancia, al reino sensoriomotor. El impulso a alimentarse es material; el sexo es físico; la fama y la fortuna giran en torno a la cantidad de bienes sensoriomotores ordinarios que uno puede comprar y consumir (dinero, casas, coches, mujeres... u hombres), viajes alrededor del mundo, etcétera. Utiliza la visión*-*lógica para establecer grandes redes de sistemas holísticos (como hace, por definición, la visión*-*lógica) compuestas, todas ellas, por objetos sensoriomotores materiales (es decir, por objetos físicos reales, datos digita­les y corrientes de información transmitida físicamente) y sus pensamientos y acciones están asociados a las *superficies* sensorio*-*motoras externas de la Mano Derecha de todas las cosas y eventos, lo que está en consonancia con su naturaleza esencialmente ordinaria y reflejo de lo ordinario.

 El alma, por su parte, no se orienta hacia el exterior sino hacia el interior, hacia los fenómenos de la Mano Izquierda, tanto en uno mismo como en los demás. El alma vive de la visión y de los elementos visionarios (durante todo el camino de ascenso que conduce hasta la Metamente y su imagen visionaria del mundo). Esto implica elementos que, en sí mismos, no tienen tanto que ver con el reino físico y sensoriornotor ordinario, sino con las posibilidades más avanzadas, los logros más elevados, los sentimientos más profundos, las perspectivas más amplias, las visiones más grandes, las intuiciones más creativas y las mil posibles novedades evolutivas que el mañana puede depa­rarnos. El alma, para muchas tradiciones, es ese aspecto de la conciencia que está compuesto por la misma energía sutil que el estado de sueño creativo y el reino del bardo (y se trata, en consecuencia, de un estado intermedio que se encuentra, según dicen, entre la muerte del cuerpo ordinario presente y la reencarnación en el cuerpo ordinario de la siguiente vida) y que supuestamente existe de forma continua desde una vida hasta la siguiente y la siguiente (hasta la Liberación última). De este modo, mientras que el ego almacena las lecciones que aprendemos en esta vida, el alma almacena las lecciones aprendidas entre una vida y la siguiente. Las tradiciones (incluidas muchas de las tempranas escuelas del cristianismo) afirman que estamos en la Tierra para aprender ciertas cuestiones vitales y centrales de la existencia que, cuando se apren­den, se almacenan en lo que los tibetanos denominan «la gota eterna de todo tiempo». Y ello implica la existencia de un proceso continuo de aprendizaje que almacena, vida tras vida y reencarnación tras reencarnación, nuestra sabi­duría y nuestra virtud. Desde esta perspectiva, el alma no contiene recuerdos concretos de vidas pasadas, porque los recuerdos de una vida se almacenan en el cerebro orgánico del cuerpo ordinario de esa vida (algo a lo que los tibetanos se refieren como «la gota de esta vida») y mueren cuando lo hace ese cerebro y ese cuerpo. El alma contiene las lecciones vitales aprendidas a las que, en un sentido genérico, conocemos como sabiduría y virtud, que se refieren a la comprensión de la Verdad última y de la verdad relativa (es decir, a la Divinidad, la Vacuidad, la Talidad o la *bodhichitta* absoluta y las buenas acciones, la compasión y la *bodhichitta* relativa, respectivamente). No olvi­demos, pues, que el alma no recuerda ser Cleopatra o Napoleón, sino seguir creciendo en sabiduría y en virtud de una vida a la siguiente.

 Conviene señalar aquí que no es preciso, para aceptar la teoría integral, creer en la reencarnación ni en la transmigración. Es posible entender las lecciones de una vida que pasan a la siguiente como lecciones que, pese a ser de esta vida, la trascienden y van más allá del ego, una buena definición, por cierto, del alma sutil. Pero la teoría integral, en cuanto metateoría, deja espacio suficiente para una posible *hipótesis* de la reencarnación. Según esa hipótesis, cuando el alma sutil pasa de una vida a la siguiente, nacemos a la nueva vida con un *determinado punto* de ajuste estructural que refleja el nivel de desarrollo más elevado alcanzado en nuestra vida anterior (rojo, naranja, turquesa, violeta, etcétera) y con un determinado punto de ajuste de estado (lo que se refiere a la misma idea básica, aunque centrada, en este caso, en los estados). El proceso de desarrollo y transformación discurre, en la nueva vida, de un modo relativamente rápido y sencillo hasta alcanzar este punto de ajuste, pero, a partir de ese momento, el individuo debe emprender, a me­nudo con gran esfuerzo, un difícil proceso de desarrollo y transformación de la conciencia, porque cada estadio nuevo y superior (tanto de las estructuras como de los estados) solo se alcanza aprendiendo nuevas lecciones que no están contenidas en la sabiduría ni la virtud acumuladas hasta entonces por el alma (e incluidas en su punto de ajuste). Cada estadio que el yo logra al­canzar en la nueva vida más allá de su punto de ajuste supone el aprendizaje de sabidurías y virtudes superiores que se almacenan en la *gota eterna* y se convierten en parte del punto de ajuste de la próxima vida.

 Independientemente de lo que pensemos acerca de la reencarnación, lo cierto es que explica uno de los hechos más confusos y desconcertantes que los desarrollistas no pueden explicar satisfactoriamente: es decir, el hecho de que algunos individuos, ubicados en circunstancias casi ideales y con padres casi perfectos, se desarrollen pobre y disfuncionalmente, mientras que otros, expuestos a las circunstancias y entornos más miserables, se desarrollen de un modo normal y rápido y, en ocasiones, hasta excepcional. Margaret Mahler, quizás la más perspicaz de todos los desarrollistas, resumió las pruebas dis­ponibles al respecto diciendo que, contrariamente a lo que afirman todos los modelos evolutivos existentes, «la parte del león de la adaptación proviene del niño dúctil y poco formado», lo que significa que, con independencia de lo que los padres puedan hacer y de la presencia de entornos reforzadores o de cualquiera de los otros factores que, para explicarlo, esgrimen los teóricos, el desarrollo depende fundamentalmente del niño. Es el niño -y no los padres, la escolarización o los factores del entorno- el que determina el curso básico del desarrollo, algo que parece cuadrar con la afirmación de que el niño viene con un punto de ajuste evolutivo establecido de antemano. Esto es algo que saben de manera instintiva los padres con más de un hijo porque, por más que se empeñen en educar del mismo modo a sus hijos, estos terminan con personalidades muy distintas como si, de algún modo, se hallasen «preesta­blecidos», que es, precisamente, lo que afirma la teoría de la reencarnación. Repitamos una vez más que, para abrazar la teoría integral, no es necesario creer en la reencarnación, porque esa no es más que una de las posibilidades a las que esa teoría, en tanto visión global inclusiva, está abierta.

La experiencia del alma va acompañada de una sensación de expansión de la conciencia, de una claridad abierta, luminosa y amorosa; el alma tiene una sensación de apertura a un espacio más elevado, amplio y profundo e intuye la continuidad de su naturaleza reencarnada como una sensación cercana a la atemporalidad. (Independientemente de que realmente se reencarne o no, cada vez está más próximo a su Rostro original atemporal, al Yo Verdadero no nacido y no muerto del estado de Testigo vacío que, como el causal/Testigo, es el estado que se halla inmediatamente por encima de la cabeza del alma sutil y que, en consecuencia, intuye de continuo). El ego ve el mundo físico presente y sus posibilidades, pero el alma ve las posibilidades de un lapso evolutivo completo del despliegue temporal, un infinito de antes y después que puede interpretar extendiéndose a lo largo de muchas vidas, aunque actualmente se focalice en esta. Lo entendamos así o no, la naturaleza reencarnada del alma habitualmente traduce su naturaleza vidas*-*de*-*experiencia en la sensación de un inmenso espacio que existe más allá de su yo o de su ego físico presente. El alma sabe que es más que lo que el ego puede ver e interpreta su naturaleza más allá de esta vida como una conciencia que trasciende este estado limitado presente y todo lo que el ego puede ver, experimentándolo como una concien­cia luminosa más amplia, elevada, abierta, espaciosa, divina y luminosa por encima y más allá de su cabeza (o, dentro y más allá de su Corazón) hasta llegar al infinito (lo que puede interpretarse de nuevo como conectado con una reencarnación continua, independientemente de que la reencarnación sea algo real o el simple resultado de este tipo de interpretaciones del espacio expandido del reino del alma sutil, lo que definitivamente parece más real). Como el alma, por la razón que fuere, representa la enorme extensión de posi­bilidades de la «vida entre vidas», siempre ve más allá del estado o condición presente; siempre imagina algo más elevado, más amplio, más profundo y más brillante; siempre impregna todos y cada uno de los instantes con una chispa de intuición creativa y, negándose a establecerse en lo que *es*, se pre­gunta « ¿Qué puede ser?». Este es el estado (y la sensación de identidad) que se halla inmediatamente por encima del ego (de un modo metafórico y, en ocasiones, hasta literal) y el ego intuye continuamente todo ese abanico de posibilidades, aunque la decisión de actuar al respecto (y desplazar su centro de gravedad [de su conciencia] desde el estado ordinario hasta el estado sutil) es una posibilidad que solo al ego le compete.

 El Despertar del alma sutil (y el correspondiente abandono del ego or­dinario) no necesariamente va acompañado de una conciencia de las vidas pasadas (porque la reencarnación, como hemos visto, no tiene que ver con la conciencia de recuerdos concretos de vidas pasadas). El Despertar del alma, muy al contrario, tiene que ver con una expansión del estado ordinario al es­tado sutil, uno de cuyos rasgos distintivos consiste, según muchas tradiciones, en la capacidad de vivir en la corriente de conciencia sutil que conecta una vida a su vida sucesiva reencarnada o transmigrada (que, como ya hemos señalado, puede ser simplemente el modo en que se interpreta la sensación inmediata de expansión, espacio y apertura literal, que va más allá de la condi­ción limitada de la condición ordinaria y del ego ordinario presente hasta una conciencia más elevada, amplia, profunda y divina). La certidumbre de casi todos los supervivientes de experiencias cercanas a la muerte de que *nunca* morirán se deriva del hecho de haber estado directamente inmersos en este estado sutil (o causal) que, de un modo u otro, se encuentra más allá de este cuerpomente limitado ordinario y su punto de observación. El Zen describe la Iluminación de la Talidad no dual como: « ¡Cuerpo y mente abandonados!», y el yo o alma sutil es el primer paso del camino que conduce a ese abandono o apertura plena a un plano superior de mayor Despertar y conciencia, de una capacidad de Amor más profunda y de la certeza última de que Yo soy más, mucho más, que este simple cuerpomente físico. Por supuesto, las tradiciones que se centran básica y exclusivamente en el alma (el camino de los santos) tienden a interpretar el estado espiritual más elevado como uno en el que el alma vive para siempre, ya sea de una vida a la siguiente y la siguiente o en alguna suerte de reino celestial eterno, pero en cualquiera de los casos, inmortal. Esta *perdurabilidad*,esta duración interminable, se confunde con la *eternidad*,con el momento sin tiempo (el Ahora atemporal o la Presencia espontánea), y la sensación de identidad más elevada es considerada como si fuese el alma inmortal cuando, en realidad, se trata de una morada que se halla a mitad del camino que conduce al Yo verdadero y la Talidad no dual última. El misticismo teísta que, como ya hemos visto, es el misticismo es­piritual arquetípico del reino sutil- suele establecer su objetivo en el Despertar del alma y en el reconocimiento y la conexión con su Fundamento divino (vía comunión, unión o identidad) que, en lugar de entregarse a la muerte y resucitar en niveles superiores de un Yo y de una Divinidad mayores, con­sidera que desemboca en la *inmortalidad* o en una existencia duradera del alma que conquista la muerte y vive para siempre. Como estadio del proceso de Despertar, el Despertar al alma o la personalidad sutil es muy interesante y valioso, pero, en cuanto punto final del proceso, supone un estancamiento del desarrollo muy alejado de su potencial más elevado.

 Necesitamos desesperadamente, además de muchas otras cosas, una auténtica *cultura del alma.* ¡Ahora! (¿No está usted acaso de acuerdo?).

Ken Wilber